



BIBLIOTECA VIRTUAL DEL CIRCULO CRIOLLO EL RODEO

“La Cautiva” Esteban Echeverría

*Female hearts are such a genial soil
For Kinderfeelings, whatsoever their nation,
They naturally pour the "wine and oil"
Samaritans in every situation*
Byron

[En todo clima el corazón de la mujer es tierra fértil en afectos generosos: ellas en cualquier circunstancia de la vida saben, como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino.]

Primera parte

EL DESIERTO

Ils vont. L'espace est grand.

Hugo

[Ellos van. El espacio es grande]

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El Desierto
incomensurable, abierto,
y misterioso a sus pies
se extiende; triste el semblante,
solitario y taciturno
como el mar, cuando un instante
el crepúsculo nocturno,
pone tienda a su aivez.
Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
no fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
del ave y bruto guardadas,
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que El sólo puede sondar.
A veces la tribu errante
sobre el potrero rozagante,
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino,
y pasa; o su toldería [1]
sobre la grama frondosa
asienta, esperando el día
duerme, tranquila reposa,
sigue veloz su camino.
¡Cuántas, cuántas maravillas,
sublimes y a par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! ¡Cuánto arcano
que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,
la aura aromática y pura;
el silencio, el triste aspecto
Círculo Criollo El Rodeo

de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.
Las armonías del viento
dicen más al pensamiento
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.
¡Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
Sólo el genio su grandeza
puede sentir y admirar.
Ya el sol su nítida frente
reclinaba en occidente,
derramando por la esfera
de su rubia cabellera
el desmayado fulgor.
Serenos y diáfanos el cielo,
sobre la gala verdosa
de la llanura, azul velo
esparcía, misteriosa
sombra danco a su color.
El aura moviendo apenas
sus alas de aroma llenas,
entre la yerba bullía
del campo que parecía
como un mar ondear.
Y la tierra, contemplando
del astro rey la partida,
callaba, manifestando,
como en una despedida,
en su semblante pesar.
Sólo a ratos, altanero
relinchaba un bruto fiero,
aquí o allá, en la campaña;
bramaba un toro de saña,
rugía un tigre feroz,
o las nubes contemplando,
como extático y gozoso,
el yajá [2], de cuando en cuando,
turbaba el mudo reposo
con su fatídica voz.
Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía:
la silenciosa llanura
fue quedando más oscura,
más pardo el cielo, y en él,
con luz trémula brillaba
una que otra estrella, y luego
a los ojos se ocultaba,
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.
El crepúsculo, entretanto,
con su claroscuro manto,
veló la tierra; una faja,
negra como una mortaja,
el occidente cubrió;
mientras la noche bajando
lenta venía, la calma
que contempla suspirando,
inquieta a veces el alma,
con el silencio reinó.
Entonces, como el ruido,
que suele hacer el trueno

cuando retumba lejano,
 se oyó en el tranquilo lano
 sordo y confuso clamor;
 se perdió... y luego violento,
 como baladro espantoso
 de turba inmensa, en el viento
 se dilató sonoro,
 dando a los brutos pavor.
 Bajo la planta sonante
 del ágil potro arrogante
 el duro suelo temblaba,
 y envuelto en polvo cruzaba
 como animado tropel,
 velozmente cabalgando;
 viáanse lanzas agudas,
 cabezas, crines ondeando,
 y como formas desnudas
 de aspecto extraño y crúel.
 ¿Quién es? ¿Qué insensata turba
 con su alarido perturba,
 las calladas soledades
 de Dios, do las tempestades
 sólo se oyen resonar?
 ¿Qué humana planta orgullosa
 se atreve a hollar el desierto
 cuando todo en él reposa?
 ¿Quién viene seguro puerto
 en sus yermos a buscar?
 ¡Oíd! Ya se acerca el bando
 de salvajes, atronando
 todo el campo convecino.
 ¡Mirad! Como torbellino
 hende el espacio veloz.
 El fiero impetu no enfrena
 del bruto que arroja espuma;
 vaga al viento su melena,
 y con ligereza suma
 pasa en ademán atroz.
 ¿Dónde va? ¿De dónde viene?
 ¿De qué su gozo proviene?
 ¿Por qué grita, corre, vuela,
 clavando al bruto la espuela,
 sin mirar alrededor?
 ¡Ved que las puntas ufanas
 de sus lanzas, por despojos,
 llevan cabezas humanas,
 cuyos inflamados ojos
 respiran aún furor!
 Así el bárbaro hace ultraje
 al indomable coraje
 que abatió su alevosia;
 y su rencor todavía
 mira, con torpe placer,
 las cabezas que cortaron
 sus inhumanos cuchillos,
 exclamando: -"Ya pagaron
 del cristiano los caudillos
 el feudo a nuestro poder.
 Ya los ranchos [3] do vivieron
 presa de las llamas fueron,
 y muerde el polvo abatida
 su pujanza tan erguida.
 ¿Dónde sus bravos están?
 Vengan hoy del vituperio,

sus mujeres, sus infantes,
que gimen en cautiverio,
a libertar, y como antes
nuestras lanzas probarán".
Tal decía; y, bajo el callo
del indómito caballo,
crujiendo el suelo temblaba;
hueco y sordo retumbaba
su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
el rostro en manto nubloso,
echó en el vasto desierto,
su silencio pavoroso,
su sombría majestad.

Segunda parte

El Festin

*...orribile favelle,
parole di dolore, accenti d'ira,
voci alte e fioche, e suon di man: con elie
facevan un tumulto...*

Dante

[. . .hórridas querallas / voces altas y bajas en son de ira. con golpes de manos a par de ellas. / como un tumulto...]

Noche es el vasto horizonte,
noche el aire, cielo y tierra.
Parece haber apañado
el genio de las tinieblas,
para algún misterio inmundo,
sobre la llanura inmensa,
la lobreguez del abismo
donde inalterable reina.
Sólo inquietos divagando,
por entre las sombras negras,
los espíritus foletos
con viva luz reverberan,
se disipan, reaparecen,
vienen, van, brillan, se alejan,
mientras el insecto chilla,
y en *fachinales* [4] o cuevas
los nocturnos animales
con triste aullido se quejan.
La tribu aleve, entretanto,
allá en la pampa desierta,
donde el cristiano atrevido
jamás estampa la huella,
ha reprimido del bruto
la estrepitosa carrera;
y campo tiene fecundo
al pie de una loma extensa,
lugar hermoso do a veces
sus tolderías asienta.
Feliz la *maloca* [5] ha sido;
rica y de estima la presa
que arrebató a los cristianos:
caballos, potros y yeguas,
bienes que en su vida errante
ella más que el oro apracia;
muchedumbre de cautivas,
todas jóvenes y bellas.
Sus caballos, en manadas,
pacen la fragante yerba;
y al azo, algunos prendidos,
a la pica, o la manea,
de sus indolentes amos
el grito de alarma esperan.

Círculo Criollo El Rodeo

Y no le os ce la turba,
que charla ufana y hambrienta,
atado entre cuatro lanzas,
como víctima en reserva,
noble escoritu valiente
mira vacilar su estrella;
al paso que su infortunio,
sin esperanza, lamentan,
rememorando su hogar,
los infantes y las hembras.
Arden ya en medio del campo
cuatro extendidas hogueras,
cuyas vivas lamaradas
irradiando, colorean
el tenebroso recinto
donde la chusma hormigüea.
En torno al fuego santados
unos lo atizan y ceban;
otros la jugosa carne
al rescoldo o llama tu estan;
aquél come, éste cestriza.
Más allá alguno degüella
con afilado cuchillo
la yegua al lazo sujeta,
y a la boca da la herida,
por donde ronca y resuella,
y a borbollones arroja
la caliente sangre fuera,
en pie, trémula y convulsa,
dos o tres indios se pegan
como sedientos vampiros,
sorben, chupan, saborean
la sangre, haciendo murmullo,
y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo, vacila,
y se desploma la yegua
con aplausos de las indias
que a descuartizarla empiezan.
Arden en medio del campo,
con viva luz las hogueras;
sopla el viento de la pampa
y el humo y las chispas vuelan.
A la charla interrumpida,
cuando el hambre está repleta,
sigue el cordal regocijo,
el beberaje y la gresca,
que apetecen los varones,
y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
en grandes bacías echan;
y, tendidos de barriga
en derredor, la cabeza
meten sedientos, y apuran
el apetecido néctar,
que, bien pronto los convierte
en abominables fieras.
Cuando algún incio, medio ebrio,
teraz metiendo la lengua
sigue en la preciosa fuente,
y beber también no de a
a los que agujian furiosos,
otro viene de las piernas
lo agarra, tira y arrastra
y en lugar suyo se espeta.

Círculo Criollo El Rodeo

Así bebe, ríe, canta,
 y a regocijo sin rienda
 se da la tribu: aquel ebrio
 se evarta, bambolea,
 a plomo cae, y gruñendo
 como animal se revuelca.
 Este chillá, algunos lloran,
 y otros a beber empiezan.
 De la chusma toda al cabo
 la embriaguez se enseñorea
 y hace andar en remolino
 sus delirantes cabezas.
 Entonces empieza el bullicio,
 y la algazara tremenda,
 el infernal alarido
 y las voces lastimeras,
 mientras sin alivio lloran
 las cautivas miserables,
 y los ternuzuelos niños,
 al ver llorar a sus madres.
 Las hogueras entretanto
 en la obscuridad flamean,
 y a los pintados semblantes
 y a las largas cabelleras
 de aquellos indios beodos,
 da su vislumbre siniestra
 colorido tan extraño,
 traza tan horrible y fea,
 que parecen de abismo
 precita, inmunda ralea,
 entregada al torpe gozo
 de la sabática fiesta[6].
 Todos en silencio escuchan;
 una voz entona recia
 las heroicas alabanzas,
 y los cantos de a guerra:
 "Guerra, guerra. y exterminio
 al tiránico dominio
 del Huinca[7]; engañosa paz:
 devora el fuego sus ranchos,
 que en su vientre los caranchos[8]
 ceben el pico voraz.
 Oyó gritos el caudillo,
 y en su fogoso tordillo
 salió Brián;
 pocos eran y él delante
 venía, al bruto arrogante
 dio una lanzada Quillán.
 Lo cargó al punto la indiada:
 con la fulminante espada
 se alzó Brián;
 grandes sus ojos brillaron,
 y las cabezas rodaron
 de Quitur y Callupán.
 Echando espuma y herido
 como el toro enfurecido
 se encará;
 ceño torvo revolviendo,
 y el acero sacudiendo:
 nadie acometerlo osó.
 Valichu[9] estaba en su brazo;
 pero al golpe de un *bolazo*[10]
 cayó Brián.
 Como potro en la llanura:

Círculo Criollo El Rodeo

cebo en su cuerpo y hartura
encontrará el gavilán.
"Las armas cobarde entrega
el que vivir quiere esclavo;
pero el indio guapo, no:
Chañil murió como bravo,
batallando en la refriega,
de una lanzada murió.

"Salió Brián airado
blanciando la lanza,
con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
del pecho clavado
en el hierro agudo,
con brazo forzado,
Brián lo levantó.
Funeral sangriento
ya tuvo en el llano;
ni un so o cristiano
con vida escapó.
¡Fatal vencimiento!
Lloremos la muerte
del indio más fuerte
que la pampa crió".

Quiénes su pérdida lloran,
quiénes sus hazañas mentan.

Oyense voces confusas,
medio articuladas quejas,
baladros, cuyo son ronco
en la llanura resuena.

De repente todos callan,
y un sordo murmullo reina,
semejante al de la brisa
cuando rebulle en la selva;
pero, gritando, algún indio
en la boca se palmea,
y el disonante alarido
otra vez el campo atruena.

El indeleble recuerdo
de las pasadas ofensas
se aviva en su ánimo entonces,
y arizando su fiera

al rencor adormecido
y a la venganza subleva:
en su mano los cuchillos,
a la luz de las hoqueras,
llevando muerte relucen;
se ultrajar, riñen, vocean,
como animales feroces
se despecazan y bregan.

Y asombradas las cautivas
la carnicería horrenda
miran, y a Dios en silencio
humildes preces elevan.

Sus mujeres entretanto,
cuya vigilancia tierna
en las horas de peligro
siempre cautelosa vela,
acorren luego a calmar
el frenesí que los ciega,
ya con ruegos y palabras
de amor y eficacia llenas;
ya interponiendo su cuerpo
entre las armas sangrientas.

Círculo Criollo El Rodeo

Ellos resisten y luchan,
 les desoyen y atropellan,
 lanzando injuriosos gritos;
 y los cuchillos no sueltan
 sino cuando, ya rendida
 su natural fortaleza
 a la embriaguez y al cansancio,
 dobla el cuello y cae por tierra.
 Al tumulto y la matanza
 sigue el llorar de las hembras
 por sus maridos y deudos;
 las lastimosas endechas
 a la abundancia pasada,
 a la presente miseria,
 a las víctimas queridas
 de aquella noche funesta.
 Pronto un profundo silencio
 hace a los lamentos tregua,
 interrumpido por ayes
 de moribundos, o quejas,
 risas, gruñir sofocado
 de la embriagada torpeza;
 al espantoso ronquido
 de los que durmiendo sueñan,
 los gemidos infantiles
 del *ñacurutú* [11] se mezclan;
 chillidos, aúllos tristes
 del lobo que anda a la presa
 de cadáveres, de troncos,
 miembros, sangre y osamentas,
 entremezclados con vivos,
 cubierto aquel campo queda,
 donde poco antes la tribu
 llegó alegre y tan soberbia.
 La noche en tanto camina
 triste, encapotada y negra;
 y la desmayada luz
 de las festivas hogueras
 sólo alumbra los estragos
 de aquella bárbara fiesta.

Tercera parte

El puñal

*Yo iba a morir, es verdad,
 entre bárbaros crueles,
 y allí el pesar me mataba
 de morir, mi bien, sin verte.
 A darme la vida tú
 saliste, hermosa, y valiente.*
 Calderón

Yace en el campo tendida,
 cual si estuviera sin vida,
 ebria la selveje turba,
 y ningún ruido perturba
 su sueño o sopor mortal.
 Varones y hembras mezclados,
 tocos duermen sosegados.
 Sólo, en vano tal vez, velan
 los que libertarse anhelan
 del cautiverio fatal.
 Parán la oreja bufando
 los caballos, que vagando
 libres despuntan la grama;
 y a la moribunda llama
 de las hogueras se ve,

Círculo Criollo El Rodeo

se ve sola y taciturna,
s' mil a sombra nocturna,
moverse una forma humana,
como quien lucha y se a'ana,
y oprime algo bajo el pie.
Se oye luego triste a'ullo,
y horrisonante murmullo,
seme ante al cel novillo
cuando el filoso cuchillo
lo degüella sin piedad,
y por la herida resuella,
y aliento y vivir por ella,
sangre hirviendo a borbollones,
en horribles convulsiones
lanza con velocidad.
Silencio ya el paso leve
por entre la yerba mueve,
como quien busca y no atina,
y temeroso camina
de ser visto o tropezar,
una mujer; en la diestra
un puñal sangriento muestra,
sus largos cabellos flotan
desgreñados, y denotan
de su ánimo el batallar.
Ella va. Toda es oídos;
sobre salvajes dormidos
va pasando: escucha. mira,
se para, apenas respira,
y vuelve de nuevo a andar.
Ella marcha. y sus miradas
vagan en torno azoradas,
cual si creyesen ilusas
en las tinieblas confusas
mil espectros divisar.
Ella va, y aun de su sombra,
como el criminal, se asombra;
alza inclina la cabeza;
pero en un cráneo tropieza
y queda a purto mortal.
Un cuerpo gruñe y resuella,
y se revuelve; mas ella
cobra espíritu y coraje,
y en el pecho del sa vaje
clava el agudo puñal.
El indio dormido expira;
y ella veloz se retira
de allí, y anda con más tino
arrostrando del destino
la rigurosa crueldad.
Un instinto poderoso,
un afecto generoso
la impele y guía segura,
como luz de estrella pura,
por aquella obscuridad.
Su corazón ce alegría
palpita; lo que quería,
lo que buscaba con ansia
su amorosa vigilancia
encontró gozosa al fin.
Allí, allí está su universo,
de su alma el espejo terso,
su amor. esperanza y vida;

allí contempla embebida
su terrestre serafín.
-Brián -dice-, mi Brián querido,
busca durmiendo el olvido;
quizás ni soñando espera
que yo entre esta gente fiera
le venga a favorecer.
Lleno de heridas, cautivo,
no abate su ánimo altivo
la desgracia, y satisfecho
descansa, como en su lecho,
sin esperar, ni temer.
Sus verdugos, sin embargo,
para hacerle más amargo
de la muerte el pensamiento,
deleitarse en su tormento,
y más su rencor cebar
prolongando su agonía,
la vida suya, que es mía,
guardaron, cuando triunfantes,
hasta los tiernos infantes
osaron despedazar,
arrancándolos del seno
de sus madres -¡día lleno
de execración y amargura,
en que murió mi ventura,
tu memoria me da horror!-.
Así dijo, y ya no siente,
ni llora, porque la fuente
del sentimiento fecunda,
que el femenino pecho nunda,
consumió el voraz dolor.
Y el amor y la venganza
en su corazón alianza
han hecho, y sólo una idea
tiene fija y saborea
su ardiente imaginación.
Absorta el alma, en delirio
lleno de gozo y martirio
queda, hasta que al fin estalla
como volcán y se explaya
la lava del corazón.
Allí está su amante herido,
mirando al cielo, y ceñido
el cuerpo con duros lazos,
abiertos en cruz los brazos,
ligadas manos y pies.
Cautivo está, pero duerme;
inmóvil, sin fuerza, inerte
yace su brazo invencible:
de la pampa el león terrible
presa de los buitres es.
Allí, de la tribu impia,
esperando con el día
horrible muerte, está el hombre
cuya fama, cuyo nombre
era, al bárbaro traidor,
más temible que el zumbido
del hierro o plomo encendido;
más aciago y espantoso
que el Valichu rencoroso
a quien ataca su error.
Allí está; silenciosa ella,
como tímida doncella,

besa su entreabierta boca,
 cual si dudara le toca
 por ver si respira aún.
 Entonces las ataduras,
 que sus carnes roen duras,
 corta, corta velozmente
 con su puñal obediente,
 teñido en sangre común.
 Brián despierta: su alma fuerte,
 conforme ya con su suerte,
 no se conturba, ni azora;
 poco a poco se incorpora,
 mira sereno, y cree ver
 un asesino: echan fuego
 sus ojos de ira; mas luego
 se siente libre, y se calma,
 y dice: -¿Eres alguna alma
 que pueda y deba querer?
 ¿Eres espíritu errante,
 ángel bueno, o vacilante
 parte de mi fantasía?
 -Mi vulgar nombre es María,
 ángel de tu guarda soy;
 y mientras cobra pujanza,
 ebria la feroz venganza
 de los bárbaros, segura,
 en aquesta noche oscura,
 velando a tu lado estoy;
 nada tema tu congoja.-
 Y enajenada se arroja
 de su querido en los brazos,
 le da mil besos y abrazos,
 repitiendo: -Brián, mi Brián.
 La alma heroica del guerrero
 siente el gozo lisorjero
 por sus miembros doloridos
 correr, y que sus senticos
 libres de ilusión están.
 Y en lazos de su querida
 apura aliento de vida,
 y la estrecha cariñoso
 y en éxtasis amoroso
 ambos respiran así.
 Mas, súbito él la separa,
 como si en su alma brotara
 horrible idea, y la dice:
 -María, soy infelice,
 ya no eres digna de mí.
 Del salvaje la torpeza
 habrá ajado la pureza
 de tu honor, y mancillado
 tu cuerpo santificado
 por mi cariño y tu amor;
 ya no me es dado quererte.
 Ella le responde: -Advierte,
 que en este acero está escrito
 mi pureza y mi celito,
 mi ternura y mi valor.
 Mira este puñal sangriento,
 y saltará de contento
 tu corazón orgulloso;
 dióme amor poderoso,
 dióme para matar
 al salvaje que insolente

u trajar mi honor intento;
 para a un tiempo, de mi padre,
 de mi hijo tierno y mi madre
 la injusta muerte vengar.
 Y tu vica, más preciosa
 que la luz del sol hermosa,
 sacar de las fieras manos
 de estos tigres inhumanos,
 o contigo perecer.
 Loncoy, el cacique altivo
 cuya saña al atractivo
 se rindió de estos mis ojos,
 y quiso entre sus despojos
 de Brián la querida ver,
 después de haber mutilado
 a su hijo tierno; anegado
 en su sangre yace impura;
 sueño infernal su alma apura:
 dio a muerte este puñal.
 Levanta, mi Brián, levanta,
 sigue, sigue mi ágil planta;
 huyamos de esta guarida
 donde la turba se arida
 más inhumana y fatal.
 -¿Pero adónde, adónde iremos?
 ¿Por fortuna encontraremos
 en la pampa algún asilo,
 donde nuestro amor tranquilo
 logre burlar su furor?
 ¿Podremos, sin ser sentidos,
 escapar, y desvalidos,
 caminar a pie, y jadeando,
 con el hambre y sed luchando,
 el cansancio y el dolor?
 -Sí, el anchuroso desierto
 más de un abrigo encubierto
 ofrece, y la densa niebla,
 que el cielo y la tierra puebla,
 nuestra fuga ocultará.
 Brián, cuando aparezca el día,
 palpitantes de alegría,
 lejos de aquí ya estaremos,
 y el alimento hallaremos
 que el cielo al infeliz da.
 -Tú podrás, querida amiga,
 hacer rostro a la fatiga,
 mas yo, lagado y herido,
 débil, exangüe, abatido,
 ¿cómo podré resistir?
 Huye tú, mujer sublime,
 y del oprobio redime
 tu vivir predestinado;
 deja a Brián infortunado,
 solo, en tormentos morir.
 -No, no, tu vendrás conmigo,
 o pereceré contigo.
 De la amada patria nuestra
 escudo fuerte es tu diestra,
 ¿y qué vale una mujer?
 Huyamos, tú de la muerte,
 yo de la oprobiosa suerte
 de los esclavos; propicio
 el cielo este beneficio
 nos ha querido ofrecer;

no insensatos lo perdamos.
Huyamos, mi Brián, huyamos;
que en el áspero camino
mi brazo, y poder divino
te servirán de sostén.
-Tu valor me infunde fuerza,
y de la fortuna adversa,
amor, gloria o agonía
participar con María
yo quiero; huyamos, ven, ven-
Dice Brián y se levanta;
el dolor traba su planta,
mas devora el sufrimiento;
y ambos caminan a tienta
por aquella obscuridad.
Tristes van; de cuando en cuando,
la vista al cielo levando,
que da esperanza al que gime,
¿qué busca su alma sublime?
la muerte o la libertad.
-Y en esta noche sombría
¿quién nos servirá de guía?
-Brián, ¿no ves allá una estrella
que entre dos nubes centella
cual benigno astro de amor?
Pues ésa es por Dios enviada,
como la nube encarnada
que vio Israel prodigiosa;
sigamos la senda hermosa
que nos muestra su fulgor;
ella del triste desierto
nos llevará a feliz puerto-
Ellos van; solas, perdidas,
como dos almas queridas,
que amor en la tierra unió,
y en la misma forma de antes,
andan por la noche errantes,
con la memoria hechicera
del bien que en su primavera
la desdicha les robó.
Ellos van. Vasto, profundo
como el páramo del mundo
misterioso es el que pisan;
mil fantasmas se divisan,
mil formas varas allí,
que la sangre joven hielan:
mas ellos vivir anhelan.
Brián desmaya caminando,
y al cielo otra vez mirando,
dice a su querida así:
-Mira: ¿no ves? la luz bella
de nuestra polar estrella
de nuevo se ha oscurecido,
y el cielo más renegrido
nos anuncia algo fatal.
-Cuando contrario el destino
nos cierre, Brián, el camino,
antes de volver a manos
de esos indios inhumanos,
nos queda algo: este puñal.

Cuarta parte

La alborada

*Già la terra è coperta d'uccisi;
tutta è sangue la vasta pianura;...*

Manzoni

[Ya de muertos la tierra está cubierta / y la vasta llanura toda es sangre.]

Todo estaba silencioso.
La brisa de la mañana
recién la hierba lozana
acariciaba, y la flor;
y en el oriente nubloso,
la luz apenas rayando,
iba el campo matizando
de claroscuro vecor.
Posaba el ave en su nido;
ni del pájaro se oía
la variada melodía,
música que al alba da;
y sólo, al ronco bufido
de algún potro que se azora,
mezclaba su voz sonora
el agorero yajá.
En el campo de la holganza,
so la techumbre del cielo,
libre, ajena de recelo
dormía la tribu infiel;
mas la terrible venganza
de su constante enemigo
alerta estaba, y castigo
le preparaba cruel.
Súbito al trote asomaron
sobre la extendida loma
dos jinetes como asoma
el astuto cazador;
al pie de ella divisaron
la chusma quieta y dormida,
y volviendo atrás la brida
fueron a dar el clamor
de alarma al campo cristiano.
Pronto en brutos altaeros
un escuadrón de lanceros
trotando allí se acercó,
con acero y lanza en mano;
y en hileras dividido
al indio, no apercebido,
en doble muro encerró.

Entonces, el grito "Cristiano, cristiano"
resuena en el llano,
"Cristiano" repite confuso clamor.
La turba que duerme, desoierda turbada,
clamando azorada,
"Cristiano nos cerca, cristiano traedor".
Niños y mujeres, llenos de conflicto,
levantan el grito;
sus almas conturba la tribulación;
los unos pasmados, el peligro horrendo,
los otros huyendo,
corren, gritan, llevan miedo y confusión.
Quién salta al caballo que encontró primero,
quién toma el acero,
quién corre su potro cuerido a buscar;
mas ya la llanura cruzan desbandadas,
yeguas y manadas,
que el cauto enemigo las hizo espantar.
En trance tan duro los carga el cristiano,
blanciando en su mano
la terrible lanza, que no da cuartel.
Los indios más bravos luchando resisten,

Círculo Criollo El Rodeo

cual fieras embisten;
 el brazo sacude la matanza cruel.
 El sol aparece; las armas agudas
 relucen desnudas;
 horrible la muerte se muestra doquier.
 En lomos del bruto, la fuerza y coraje,
 crece del salvaje,
 sin su apoyo, inerme se deja vencer.
 Pie en tierra poniendo la fácil victoria,
 que no le da gloria,
 prosigue el cristiano lleno de rencor.
 Caen luego cac quas. soberbios caudillos,
 los fieros cuchillos
 degüellan, degüellan, sin sentir horror.
 Los ayes, los gritos, clamor del que llora,
 gemir del que implora,
 puesto de rodillas, en vano pedad,
 todo se confunde: del plomo el sibido,
 del hierro el crujido,
 que ciego no acata ni sexo, ni edad.
 Horrible horrible matanza
 hizo el cristiano aquel día;
 ni hembra, ni varón, ni cría
 de aquella tribu quedó.
 La inexorable venganza
 siguió el paso a la perfidia,
 y en no cara y brave idia
 su carviz al hierro dio.
 Viose la yerba teñida
 de sangre hedionda y sembrado
 de cadáveres el prado
 donde resonó el festín.
 Y del sueño de la vida
 al de la muerte pasaron
 los que poco antes holgaron,
 sin temer aciaga fin.
 Las cautivas derramaban
 lágrimas de regocijo;
 una al esposo, otra al hijo
 debió allí la libertad;
 pero ellos tristes estaban,
 porque ni vivo, ni muerto
 halló a Brián en el desierto,
 su valor y su lealtad.

Quinta parte

El pajonal

.. e lo spirito iasso

conforta, e ciba di speranza buona.

Dante

[... y el ánimo cansado / de esperanza feliz, nutre y conforta.]

Así, huyendo a la ventura,
 ambos a pie divagaron
 por la lóbrega lanura,
 y al salir la luz del día
 a corto trecho se hallaron
 de un inmenso pajonal [12].
 Brián debilitado, herido,
 a la fatiga rendido
 la planta apenas movía;
 su angustia era sin igual.
 Pero un ángel, su querida,
 siempre a su lado velaba,
 y el espíritu y la vida,
 que su alma heroica anidaba,

la infundía. al parecer,
con miradas cariñosas,
voces del alma profundas
que debieran ser eternas;
y aquellas palabras tiernas,
o armonías misteriosas,
que sólo manan fecundas
del labio de la mujer.
Temerosos del Salvaje
acogiéronse al abrigo
de aquel pajonal amigo,
para de nuevo su viaje
por la noche continua;
descansar allí un momento,
y refrigerio y sustento
a la flaqueza buscar.
Era el adusto verano:
ardiente el sol como fragua
en ceragoso pantano
convertido había el agua
allí estancada, y los peces,
los animales inmundos
que aquel bañado habitaban
muertos, el aire infestaban,
o entre las impuras heces
aparecían a veces
boqueando moribundos,
como del cielo implorando
agua y aire: aquí se veía
al voraz cuervo. tragando
lo más asqueroso y vil;
allí la blanca cigüeña,
el pescuezo corvo a zando,
en su largo pico enseña
el tronco de algún reptil;
más allá se ve el carancho,
que jamás presa desdeña,
con pico en forma de gancho
de la escirante alimaña
sajar a fétida entraña:
y en aquel páramo yerto,
donde a buscar como a puerto
refrigerio, van errantes
Brián y María anhelantes,
sólo divisan sus ojos
feos, inmundos despojos
de la muerte. ¡Qué destino
como el suyo miserable!
Si en aquel instante vino,
la memoria perdurable
de la pasada ventura,
a turbar su fantasía.
¡Cuán amarga les sería!
¡Cuán triste, yerma y oscura!
Pero con pecho animoso
en el lodo pegajoso
penetraron, ya cayendo,
ya levantando, o subiendo
en pie flaco y dolorido;
y sobre un flotante nido
de yajá, ¡columna bella,
que entre la paja descuellera,
como edificio construido
por mano hábil), se sentaron

Círculo Criollo El Rodeo

a descansar o morir.
Súbito allí desmayaron
los espíritus vitales
de Brián a tanto sufrir;
y en los brazos de María,
que inmóvil permanecía,
cayó muerto al parecer.
¡Cómo palabras mortales
pintar al vivo podrán
el desaliento y angustias,
o las imágenes mustias
que el alma atravesarán
de aquella infeliz mujer!
Flor hermosa y delicada,
perseguida y conculcada
por cuantos males tiranos
dio en herencia a los humanos
inexorable poder.
Pero a cada golpe injusto
retofiece más robusto
de su noble alma el valor;
y otra vez, con paso fuerte
huela el fango de la muerte
disputa un resto de vida
a indefensos animales;
y rompiendo enfurecida
los espesos matorrales,
camina a un sordo rumor
que oye próximo, y mirando
el hondo cauce anchuroso
de un arroyo que copioso
entre la paja corria,
se volvió atrás, exclamando
arrobada de alegría:
"-¡Gracias te doy, Dios supremo!
Brián se salva, nada temo."
Pronto llega al alto nido
donde yace su querido,
sobre sus hombros le carga,
y con vigor desmedido
lleva, lleva a paso lento,
al puerto de salvamento
aquella preciosa carga.
Allí en la orilla vercosa
el inmóvil cuerpo posa,
y los labios, frente y cara
en el agua fresca y clara
le embebe; su aliento aspira,
por ver si vivo respira,
trémula su pecho toca;
y otra vez sienas y boca
le empapa: en sus ojos vivos,
y en su semblante anidado,
los matices fugitivos
de la apasionada guerra
que su corazón encierra,
se muestran. Brián recobrado
se mueve, incorpora, alienta;
y débil mirada lenta
clava en la hermosa María,
diciéndola: -Amada mía
pensé no volver a verte,
y que este sueño sería
como el sueño de la muerte;

pero tú. siempre velando,
 mi v vir sustentas, cuando
 yo en nada puedo valerte,
 sino doblar la amargura
 de tu extraña desventura.
 -Que vivas tan sólo quiero;
 porque si mueres, yo muero;
 Brián mío alienta, triunfamos;
 en salvo y libres estamos;
 no te aflijas; bebe, bebe
 esta agua cuyo frescor
 el extenuado vigor
 volverá a tu cuerpo en breve,
 y esperemos con valor
 de Dios el fin que imploramos.
 Dijo así y en la corriente
 recoge agua. y diligenta,
 de sus miembros con esmero,
 se aplica a lavar primero
 las dolorosas heridas,
 las hondas llagas hinchidas
 de negra sangre cuajada,
 y a sus inflamados pies
 el lodo impuro; y después
 con su mano delicada
 las venda. Brián silencioso
 sufre el dolor con firmeza;
 pero siente a la flaqueza;
 rendido el pecho animoso.
 Ella entonces alimento
 corre a buscar; y un momento,
 sin duda el cielo piadoso,
 de aquellos finos amantes,
 infortunados y errantes,
 quiso aliviar el tormento.

Sexta parte

La espera

¡Qué largas son las horas del deseo!

Moreto

Triste, obscura, encapotada
 llegó la noche esperada,
 la noche que ser debiera
 su grata y fiel compañera;
 y en el vasto pajonal
 permanecen inactivos
 los amantes fugitivos.
 Su astro, al parecer, declina,
 como la luz vespertina
 entre sombra funeral.
 Brián, por el dolor vencido
 al margen yace tendido
 del arroyo; probó en vano
 el paso firme y lozano
 de su querida seguir;
 sus plantas cesfallecieron,
 y sus heridas vertieron
 sangre otra vez. Sintió entonces
 como una mano de bronce
 por sus miembros discurrir.
 María espera a su lado,
 con corazón agitado,
 que amanecerá otra aurora
 más bella y consoladora;
 el amor le inspira fe

en destino más propicio,
y le oculta el precipicio
cuya idea sólo pasma:
el descarnado fantasma
de la realidad no ve.
Pasión vivaz la domina,
ciega pasión la fascina;
mostrando a su alma el trofeo
de su impetuoso deseo
le dice: tú triunfarás.
Ella infunde a su flaqueza
constancia allí y fortaleza;
E la su hambre, su fatiga
y sus angustias mitiga
para devorar a más.
Sin el amor que en sí entraña,
¿qué sería? Frágil caña,
que el más leve impulso quiebra;
ser delicado, fina hebra,
sensible y flaca mujer.
Con él es ente divino
que pone a raya el destino,
ángel poderoso y tierno
a quien no haría el infierno
vacilar ni estremecer.
De su querido no advierte
el mortal abatimiento,
ni cree se atreva la muerte
a sofocar el aliento
que hace vivir a los dos;
porque de su alma intensa
es la vida tan inmensa,
que a la muerte vencería,
y en sí eficacia tendría
para animar como Dios.
El amor es fe inspirada;
es religión arraigada
en lo íntimo de la vida.
Fuente inagotable, henchida
de esperanza, su anhelo
no ha la obstáculo invencible
hasta conseguir victoria;
si se estrella en lo imposible
gozoso vuela a la gloria
su heroica palma a buscar.
María no desespera,
porque su ahínco procura
para lo que ama, ventura,
y al infortunio supera
su imperiosa voluntad.
Mañana -el grito constante
de su corazón amante
le dice-, mañana el cielo
hará cesar tu desvelo;
la nueva luz esperad.
La noche cubierta, en tanto
camina en densa tiniebla,
y en el abismo de espanto,
que aquellos páramos puebla,
ambos perdidos se ven.
Parda, rojiza, radiosa,
una faja luminosa
forma horizonte no lejos;

sus amarillos reflejos
en lo obscuro hacen vaivén.
La llanura arder parece,
y que con el viento crece,
se encrespa, aviva y derrama
el resplandor y la llama
en el mar de lóbreguez.
Aquel fuego colorado,
en tinieblas engolfado,
cuyo resplendor vaga horrendo,
era trasunto estúpido
de la infernal terriblez.
Brián, recostado en la hierba,
como ajeno de sentido,
nada ve: ella un ruido
oye; pero sólo observa
la negra desolación,
o las sombrías visiones
que engendran las turbaciones
de su espíritu. ¡Cuán arga
aquella noche y amarga
sería a su corazón!
Miró a su amante. Espantoso,
un bramido cavernoso
la hizo temblar, resonando:
era el tigre, que buscando
pasto a su saña feroz
en los densos matorrales,
nuevos presagios fatales
al infortunio traía.
En silencio, echó María
mano a su puñal. veloz.

Séptima parte

La quemazón

Voyez... Déjà la flamme en torrent se déploie
Lamartine

[Mirad: ya en torrente se extiende la llama]

El aire estaba inflamado,
turbia la región suprema,
envuelto el campo en vapor;
rojo el sol, y coronado
de parda obscura diadema,
amarillo resplandor
en la atmósfera esparcía;
el bruto, el pájaro huía,
y agua la tierra pedía
sedienta y llena de ardor.
Soplando a veces el viento
limpiaba los horizontes,
y de la tierra brotar
de humo rojo y ceniciento
se veían como montes;
y en la llanura ondear,
formando espiras doradas,
como lenguas inflamadas,
o melenas encrespadas
de ardiente agitado mar.
Cruzándose nubes densas
por la esfera dilataban,
como cuando hay tempestad,
sus negras alas inmensas;
y más y más aumentaban
el pavor y obscuridad.
El cielo entenebrecido,

el aire, el humo encendido,
eran, con el sordo ruido,
signo de calamidad.

El pueblo de lejos
contempla asombrado
los turbios reflejos;
del día enlutado
la cenfuda faz.

El humilde llora,
el piadoso implora;
se turba y azora
la malicia audaz.

Quién cree ser indicio
fatal, estupendo
del día del juicio,
del día tremendo
que anunciado está.

Quién piensa que al mundo,
sumido en lo inmundo,
el cielo iracundo
pone a prueba ya.

Era la plaga que cría
la devorante sequía
para estrago y confusión:
de la chispa de una hoguera,
que llevó el viento ligera,
nació grande. cundió fiera
la terrible quemazón.

Ardiendo, sus ojos
relucen, chispean;
en rubios manojos
sus crines ondean,
flameando también:
la tierra gimiendo,
los brutos rugiendo,
los hombres huyendo,
confusos la ven.

Sutil se difunde,
camina, se mueve,
penetra, se infunde:
cuanto toca, en breve
reduce a tizón.

Ella era; y pastales,
densos pajonales,
cardos y animales,
ceniza humo son.
Raudal vomitando
venía de llama,
que hirviendo, silbando,
se enrosca y derrama
con velocidad.

Sentada María
con su Brián la vía:
-¡Dios mío! -decía-
de nos ten piedad.

Piedad María imploraba,
y piedad necesitaba
de potencia celestial.

Brián caminar no podía,
y la quemazón cundía
por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,
como culebra serpeando,
velozmente caminó;

y agitando. desbocada,
su crin de fuego erizada,
gigante cuerpo tomó.
Lodo, paja, restos viles
de animales y reptiles
quema el fuego vencedor,
que el viento iracundo atiza;
vuelan el humo y ceniza,
y el inflamado vapor,
al lugar donde pasmados,
los cautivos desdichados,
con despevoridos ojos,
están, su hervidero oyendo,
y las llamaradas viendo
subir en penachos rojos.
No hay cómo huir, no hay efugio,
esperanza ni refugio;
¿dónde auxilio encontrarán?
Postrado Brián yace inmóvil
como el orgulloso roble
que derribó el huracán.
Para él no existe el mundo.
Detrás, arroyo profundo,
ancho se extiende, y delante,
formidable y horroroso,
alza la cresta furioso
mar de fuego devorante.
-Huye presto -Brián decía
con voz débil a María-,
dájame solo morir;
este lugar es un horno:
huye, ¿no miras en torno
vapor ardiente subir? -
Ella calla, o le responde:
-Dios largo tiempo no esconde
su divina protección.
¿Crees tú nos haya olvidado?
Salvar tu vida ha jurado
o morir mi corazón.-
Pero del cielo era juicio
que en tan horrendo suplicio
no debían perecer;
y que otra vez de la muerte
inexorable, amor fuerte
triumfara. amor de mujer.
Súbito ella se incorpora;
de la pasión que atesora
el espíritu inmortal
brota, en su faz la belleza
estampando fortaleza
de criatura celestial,
no sujeta a ley humana;
y como cosa liviana
carga el cuerpo amortecido
de su amante, y con él jurto,
sin cesar, se arroja al punto
en el arroyo extendido.
Cruje el agua, y suavemente
surca la mansa corriente
con el tesoro de amor;
semejante a ondina bella,
su cuerpo airoso descuella,
y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,
 sobre sus hombros nevados,
 sueltos, reluciendo van;
 boga con un brazo lenta,
 y con el otro sustenta,
 a flor, el cuerpo de Brián.
 Aran las corrientes unidos
 como dos cisnes queridos
 que huyen de águila cruel,
 cuya garra, siempre lista,
 desde la nube se alista
 a separar su amor fiel.
 La suerte injusta se afana
 en perseguirlos. Ufana
 en la orilla opuesta el pie
 pone María triunfante,
 y otra vez libre a su amante
 de horrenda agonía ve.
 ¡Oh! del amor maravilla!
 En sus bellos ojos brota
 del corazón, gota a gota,
 el tesoro sin mancilla,
 celeste, inefable unción;
 sale en lágrimas deshecho
 su heroico amor satisfecho;
 y su formidable cresta
 sacuce, enrosca y enhiesta
 la terrible quemazón.
 Calmó después el violento
 soplar del airado viento:
 el fuego a paso más lento
 surcó por el pajonal,
 sin topar ningún escollo;
 y a la orilla de un arroyo
 a morir al cabo vino,
 dejando, en su ancho camino,
 negra y profunda señal.

Octava parte

Brian

*Les guerriers et les coursiers eux mêmes
 sont là pour attester les victoires de mon bras.
 Je dois ma renommée à mon glaive...*

Antar [13]

[Los guerreros y aun los bridones de la batalla existen para atestiguar las victorias de mi brazo. Debo mi renombre a mi espada.]

Pasó aquél, llegó otro día,
 triste, ardiente, y todavía
 desamparados como antes,
 a los miseros amantes
 encontró en el pajonal.
 Brián, sobre pajizo echo
 inmóvil está, y en su pecho
 arde fuego inextinguible;
 brota en su rostro, visible
 abatimiento mortal.
 Abrumados y rendidos,
 sus ojos, como adormidos,
 la luz esquivan, o abortos,
 en los pálidos abortos
 de la conciencia (legión
 que atribula al moribundo),
 verán formas de otro mundo;
 imágenes fugitivas,

o las claridades vivas
de fantástica región.
Triste a su lado María
revuelve en la fantasía
mil contrarios pensamientos,
y horribles presentimientos
la vienen allí a asaltar,
espectros que engendra el alma,
cuando el ciego cesvario
de las pasiones se calma,
y perdida en el vacío
se recoge a meditar.
Allí, frágil navecilla
en mar sin fondo ni orilla,
do nunca ríe bonanza,
se encuentra sin esperanza
de poder al fin surgir.
Allí ve su afán perdido
por salvar a su querido;
y cuán lejano y nublado
el horizonte radioso
está de su porvenir.
¡Cuán largo e incierto camino
la desdicha le creyó!
¡Cuán triste peregrinaje!
Allí ve de aquel paraje
la yerta inmovilidad.
Allí ya del desaliento
sufre el pausado tormento,
y abrumada de tristeza,
al cabo a sentir empieza
su abandono y soledad.
Echa la vista delante,
y a aspecto de su amante
desfallece su heroísmo;
la vuelve, y hórrido abismo
mira atónita detrás.
Allí apura la agnía
del que vio cuando dormía
paraíso de dicha eterno,
y al despertar, un infierno
que no imaginó jamás.
En el empíreo nublado
flamea el sol colorado,
y en la llanura domina
la vaporosa calina,
el bochorno abrasador.
Brián sigue inmóvil; y María,
en formar se entretenía
de junco un denso tejido,
que guardase a su querido
de la intemperie y calor.
Cuando oyó, como el aliento
que al levantarse o moverse
hace animal corpulento,
crujir a paja y romperse
de un cercano matarral.
Miró, ¡oh terror!, y acercarse
vio con movimiento tardo,
y hacia ella encaminarse,
lamiéndose, un tigre pardo
tinto en sangre; ¡atroz señal!
Cobrando ánimo a instante
se alzó María amagante,

en mano el puñal desnudo,
 vivo el mirar, y un escudo
 formó de su cuerpo a Brián.
 Llegó la fiera inclemente;
 clavó en ella vista ardiente,
 y a compasión ya movida,
 o fascinada y herida
 por sus ojos y ademán,
 recta prosiguió el camino,
 y al arroyo cristalino
 se echó a nadar. ¡Oh amor tierno!
 de lo más frágil y eterno
 se compaginó tu ser.
 Siendo sólo afecto humano,
 chispa fugaz, tu grandeza,
 por impenetrable arcano,
 es celestial. ¡Oh belleza!
 no se anida tu poder,
 en tus lágrimas ni enojos;
 sí, en los sinceros arrojcs
 de tu corazón amante.
 María en aquel instante
 se sobrepuso al terror,
 pero cayó sin sentido
 a conmoción tan violenta.
 Bella como ángel dormido
 la infeliz estaba, exenta
 de tanto afán y dolor.
 Entonces, ¡ah!, parecía
 que marchitado no habla
 la aridez de la congoja,
 que a lo más bello despoja,
 su frescura juvenil.
 ¡Venturosa si más largo
 hubiera sido su sueño!
 Brián despierta del letargo:
 brilla matiz más risueño
 en su rostro varonil.
 Se sienta; extático mira,
 como el que en vela delira;
 lleva la mano a su frente
 sudorífera y ardiente,
 ¿qué cosas su alma verá?
 La luz, noche le parece,
 tierra y cielo se obscurece,
 y rueda en un torbellino
 de nubes. -Este camino
 lleno de espinas está:
 y la lanura, María,
 ¿no ves cuán triste y sombría?
 ¿Dónde vamos? A la muerte.
 Triunfó la enemiga suerte
 -dice celirando Brián-
 ¡Cuán caro mi amor te cuesta!
 Y mi confianza funesta,
 ¡cuánta fatiga y ultrajes!
 Pero pronto los salvajes
 su deslealtad pagarán.-
 Cobra María el sentido
 al oír de su querido
 la voz, y en gozo nadando
 se incorpora, en él clavando
 su cariñosa mirada.
 -Pensé dormías -la dice-,

y despertar no quise;
fuera mejor que durmieras
y del bárbaro no oyeras
la estrepitosa llegada.
-¿Sabes? Sus manos lavaron,
con infernal regocijo,
en la sangre de mi hijo;
mis valientes degollaron.
Como el huracán pasó,
desolación vomitando,
su vigilante perfidia.
Obra es del inicuo bando,
¡qué dirá la torpe envidia!
Ya mi gloria se eclipsó,
de paz con ellos estaba,
y en la villa descansaba.
Oye; no te fies, vela;
lanza, caballo y espuela
siempre lista has de tener.
Mira dónde me han traído,
atado estoy y ceñido;
no me es dado levantarme,
ni valerte, ni vengarme,
ni batallar, ni vencer.
Venga, venga mi caballo,
mi caballo por la vida;
venga mi lanza fornida,
que yo basto a ese tropel.
Rodeado de picas me hallo.
Paso, canalla traidora,
que mi lanza vengadora
castigo os dará cruel.
¿No miráis la polvareda
que del llano se levanta?
¿No sentís lejos la planta
de los brutos retumbar?
La tribu es, huyendo leda,
como carnicero lobo,
con los despojos del robo,
no de intrépido lidiar.
Mirad ardiendo la villa
y degollados, dormidos,
nuestros hermanos queridos
por la mano del infiel.
¡Oh mengua! ¡Oh rabia! ¡Oh mancilla!
Venga mi lanza ligero,
mi caballo parejero,
daré alcance a ese tropel.-
Se a zó Brián erajenado,
y su bigote erizado
se mueve; chispear, ojos
como centellas, sus ojos,
que hace el entusiasmo arder;
el rostro y talante fiero,
do resalta con viveza
el valor y la nobleza,
la majestad del guerrero
acostumbrado a vencer.
Pero al punto desfallece.
Ella, atónita, enmudece,
ni halla voz su sentimiento;
en tan solemne momento
flaquea su corazón.
El sol pálido declina:

en la cercana colina
 triscan las gamas y ciervos,
 y de caranchos y cuervos
 grazna la impura legión,
 de cacáveres avara,
 cual si muerte presagiara.
 Así la caterva estulta,
 vil al heroísmo insulta,
 que triunfante veneró.
 María tiembla. Él, alzando
 la vista al cielo y tomando
 con sus manos casi heladas
 las de su amiga, adoradas,
 a su pecho las llevó.
 Y con voz débil le dice:
 -Oye, de Dios es arcano,
 que más tarde o más temprano
 todos debemos morir.
 Insensato el que malcice
 la ley que a todos iguala;
 hoy el término señala
 a mi rocusto vivir.
 Resígnate; bien venida
 siempre, mi amor, fue la muerte,
 para el bravo, para el fuerte,
 que a la patria y al honor
 joven consagró su vida;
 ¿qué es ella?, una chispa. nada,
 con ese sol comparada,
 raudal vivo de esplendor.
 La mía brilló un momento,
 pero a la patria sirviera;
 también mi sangre corriera
 por su gloria y libertad.
 Lo que me da sentimiento
 es que de ti me separo,
 dejándote sin amparo
 aquí en esta soledad.
 Otro premio merecía
 tu amor y espíritu brioso,
 y galardón más precioso
 te destinaba mi fe.
 Pero ¡ay Dios!, la suerte mía
 de otro modo se eslabona;
 hoy me arranca la corona
 que insensato ambicioné.
 ¡Si al menos la azul bandera
 sombra a mi cabeza diese!
 ¡O antes por la patria fuese
 aclamado vencedor!
 ¡Oh destino! Quién pudiera
 morir en la lid, oyendo
 el alarido y estruendo,
 la trompeta y atambor.
 Tal gloria no he conseguido,
 mis enemigos triunfaron;
 pero mi orgullo no ajaron
 los favores del poder.
 ¡Qué importa! Mi brazo ha sido
 terror del salvaje fiero:
 los Andes vieron mi acero
 con honor resplandecer.
 ¡Oh estrépito de las armas!
 ¡Oh embriaguez de la victoria!

¡Oh campos, soñada gloria!
¡Oh lances del combatir!
Inesperadas alarmas,
patria honor, objetos caros,
ya no volveré a gozaros;
joven yo debo morir.
Hoy es el aniversario
de mi primera batalla,
y en torno a mi todo calla...
Guarda en tu pecho mi amor,
nadie llegue a su santuario...
Aves de presa parecen,
ya mis ojos se oscurecen;
pero allí baja un condor;
y huye el enjambre insolente,
adiós, en vano te aflijo...
Vive, vive para tu hijo,
Dios te impone ese deber.
Sigue, sigue a occidente
tu trabajosa jornada:
Adiós, en otra morada
nos volveremos a ver.
Calló Brián, y en su querica
clavó mirada tan bella,
tan profunda y dolorida,
que toca el alma por el a
al parecer exhaló.
El crepúsculo esparcía
en el desierto luz mustia.
Del corazón de María,
el desaliento y la angustia,
sólo el cielo penetró.

Novena parte

María

Fallece esperanza y crece tormento.
Anónimo

Morte bella pareo nel suo bel viso.

Petrarca

[La muerte parecía bella en su bello rostro.]

¿Qué hará María? En la tierra
ya no se arraiga su vida.
¿Dónde irá? Su pecho encierra
tan honda y vivaz herida,
tanta congoja y pasión,
que para ella es infecundo
toco consuelo del mundo,
burla horrible su contento,
su compasión un tormento,
su sonrisa una irrisión.
¿Qué le importan sus placeres,
su bullicio y vana gloria,
si ella, entre todos los seres,
como desechada escoria,
lejos, olvidada está?
¿En qué corazón humano,
en qué llmite del orbe,
el tesoro soberano,
que sus potencias absorbe,
ya perdido encontrará?
Nace del sol la luz pura,
y una fresca sepultura
encuentra: lecho postrero,
que al cacáver del guerrero

Círculo Criollo El Rodeo

preparó el más fino amor.
Sobre ella hincada, María,
muda como estatua fría,
inclinada la cabeza,
semejaba a la tristeza
embebida en su dolor.
Sus cabellos renegridos
caen por los hombros tendidos,
y sombrear de su frente,
su cuello y rostro inocente,
la nevada palidez.
No suspira allí, ni llora;
pero como ángel que implora,
para m serías del suelo
una mirada de cielo,
hace esta sencilla prez:
-Ya en la tierra no existe
el poderoso brazo
donde halaba regazo
mi enamorada sien:
Tú ¡oh Dios! no permitiste
que mi amor lo salvase,
quisiste que volase
donde florece el bien.
Abre, Señor, a su alma
tu senc regalado,
del bienaventurado,
reciba el galardón:
Encuentre allí la calma,
encuentre allí la dicha,
que busca en su desdicha,
mi vido corazón-.
Dice. Un punto su sentido
queda como sumergido.
Echa la postrer mirada
sobre la tumba callada
donde toca su alma está.
Mirada llena de vida,
pero lánguida, abatida,
como la última vislumbre
de la agonizante lumbre,
falta de alimento ya.
Y alza luego la rodilla;
y tomando por la orilla
del arroyo hacia el ocaso,
con indiferente paso
se encamina al parecer.
Pronto sale de aquel monte
de paja, y mira adelante
ilimitado horizonte,
llanura y cielo brillante,
desierto y campo doquier.
¡Oh, noche! ¡Oh, fúlgida estrella!
Luna solitaria y bella:
¡Sed benignas! El indicio
de vuestro influjo propicio
siqu era una vez mostrad.
Bochornos, cálidos vientos,
inconstantes elementos,
preñados de temporales,
apiadaos: fieras fatales
su desdicha respetad.
Y Tú, ¡oh Dios! en cuyas manos
de los míseros humanos

está el oculto destino,
siquiera un rayo divino
haz a su esperanza ver.
Vacilar, de alma sencilla,
que resignada se humilla,
no hagas la fe acrisolada;
susténtala en su jornada,
no la dejes perecer.
Adiós, pajonal funesto
Adiós, pajonal amigo.
Se va ella sola, ¡Cuán presto
de su júbilo, testigo,
y su luto fuiste vos!
El sol y la llama impia
marchitaron tu ufania;
pero hoy tumba de un soldado
eres, y asilo sagrado:
Pajonal glorioso, adiós.
Gózate: ya no se andan
en ti las aves parleras,
ni tu agua y sombra convidan
sólo a los brutos y fieras:
soberbio debes estar.
El valor y la hermosura,
ligados por la ternura,
en tí hallaron refrigerio;
de su infortunio al misterio
tú sólo puedes contar.
Gózate; votos, ni ardores
de felices amadores
tu esquividad no turbaron;
sino voces que confiaron
a tu silencio su mal.
En la noche tenebrosa,
con los ásperos graznidos
de la legión ominosa,
oírás ayes y gemidos:
Adiós, triste pajonal.
De ti Maria se aleja,
y en tus soledades deja
toda su alma; agradecido,
el depósito querido
guarda y conserva; quizá
mano generosa y pia
venga a pedirte un día;
quizá la viva palabra
un monumento e labra
que el tiempo respetará.
Día y noche ella camina;
y la estrella matutina,
caminando solitaria,
sin articular plegaria,
sin descansar ni dormir
la ve. En su planta desnuda
bota la sangre y chorrea;
pero toda ella, sin duda,
va absorta en una idea
que alimenta su vivir.
En ella encuentra sustento.
Su garganta es viva fragua,
un volcán su pensamiento;
pero mar de hielo y agua
refrigerio inútil es
para el incendio que abriga;

Círculo Criollo El Rodeo

insensible a la fatiga,
 a cuanto ve indiferente,
 como mísera demente
 mueve sus heridos pies,
 por el desierto Adormida
 está su orgánica vida;
 pero la vida de su alma
 fomenta en sí aquella calma
 que sigue a la tempestad,
 cuando el ánimo cansado
 del afán violento y duro,
 al parecer resignado,
 se abisma en el fondo obscuro
 de su propia soledad.
 Tremebundo precipicio,
 fiebre lenta y devorante,
 último efugio suplicio
 del infierno, semejante
 a la postrer convulsión
 de la víctima en tormento:
 trance que si dura un día
 anonada el pensamiento,
 encanace, o deja fría
 la sangre en el corazón.
 Dos soles pasan. ¿Adónde
 tu poder ¡oh Dios! se esconde?
 ¿Está por ventura exhausto?
 ¿Más dolor en holocausto
 padece una flaca mujer?
 No; de la quieta llanura
 ya se remonta a la altura
 gritando el yajá. Camina,
 oye la voz peregrina
 que te viene a socorrer.
 ¡Oh, ave de la pampa hermosa,
 cómo te meces ufana!
 Reina, sí, reina orgullosa
 eres, pero no tirana
 como el águila fatal;
 tuyo es también del espacio
 el transparente palacio:
 si ella en las rocas se anida,
 tú en la esquivaz escondida
 de algún vasto pajonal.
 De la víctima el gemido,
 el huracán y el tronido
 ella busca, y deleite halla
 en los campos de batalla;
 pero tú la tempestad,
 día y noche vigilante,
 anuncias al gaucho errante;
 tu grito es de buen presagio
 al que asechanza o naufragio
 teme de la adversidad.
 Oye sonar en la esfera
 la voz del ave agorera,
 oye María infeice;
 alerta, alerta, te dice;
 aquí está tu salvación.
 ¿No la ves cómo en el aire
 balancea con donaire
 su cuerpo blanco-ceniciento?
 ¿No escuchas su ronco acerto?
 Corre a calma tu afición.

Pero nada ella divisa,
 ni el feliz reclamo escucha;
 y caminando va a prisa:
 el demonio con que lucha
 la turba, impele y amaga.
 Turbios, confusos y rojos
 se presentan a sus ojos
 cielo espacio, sol, verdura,
 quieta, insondable llanura
 donde sin brújula vaga.
 Mas, ¡ah! que en v'os corceles
 un grupo de hombres armados
 se acerca: ¿serán infieles,
 enemigos? No, soldados
 son del desdichado Brian.
 Llegan, su vista se pasma;
 ya no es la mujer hermosa,
 sino pálido fantasma;
 mas reconocen la esposa
 de su fuerte capitán.
 Creíanla cautiva o muerta;
 grande fue su regocijo.
 Ella los mira y despierta:
 -¿No sabéis qué es de mi hijo?-
 con toda el alma exclamó.
 Tristes mirando a María
 todos el labio sellaron;
 mas luego una voz impla:
 -Los indios lo degollaron-
 roncamente articuló.
 Y al oír tan crudo acento,
 como quiebra el seco tallo
 el menor soplo de viento
 o como herida del rayo,
 cayó la infeliz allí;
 viéronla caer, turbados,
 los animosos soldados;
 una lágrima la dieron,
 y funerales la hicieron
 dignos de contarse aquí.
 Aquella trama formada
 de la hebra más delicada,
 cuyo espíritu robusto
 lo más acerbo e injusto
 de la adversidad probó,
 un soplo débil deshizo:
 Dios para amar, sin duda, hizo
 un corazón tan sensible;
 palpitar le fue imposible
 cuando a quien amar no halló.
 Murió María. ¡Oh voz fiera!
 ¡Cuál entraña te abortara!
 Mover al tigre pudiera
 su vista sola; y no hallara
 en ti alguna compasión,
 tanta miseria y conflicto,
 ni aquel su materno grito;
 y como flecha saliste,
 y en lo más profundo hariste
 su anhelante corazón.
 Embates y oscilaciones
 de un mar de tribulaciones
 ella arrostó; y la agonía
 saboreó su fantasía,

y el punzante frenesí
de la esperanza insaciable,
que en pos de un deseo vuela,
no alcanza al blanco inefable,
se irrita en vano y desvela;
vuelve a devorarse a sí.
Una a una, todas bellas,
sus ilusiones volaron,
y sus deseos con ellas;
sola y triste la dejaron
sufrir hasta enloquecer.
Quedaba a su desventura
un amor, una esperanza,
un astro en la noche oscura,
un destello de bonanza,
un corazón que querer,
una voz cuya armonía
adormecería podría;
a su llorar un testigo,
a su miseria un abrigo,
a sus ojos qué mirar.
Quedaba a su amor desnudo
un hijo, un vástago tierno;
encontrarlo aquí no pudo,
y su alma al regazo eterno
lo fue volando a buscar.
Murió por siempre cerrados
están sus ojos cansados
de errar por llanura y cielo,
de sufrir tanto desvelo,
de afanar sin conseguir.
El atractivo está yerto
de su mirar; ya el desierto,
su último asilo, los rastros
de tan hechiceros astros
no verá otra vez lucir.
Pero de ella aun hay vestigio.
¿No veis el raro prodigio?
Sobre su cándida frente
aparece nuevamente
un prestigio encantador.
Su boca y tersa mejilla
rosada, entre nieve brilla,
y revive en su semblante
la frescura rozagante
que marcó el dolor.
La muerte bella la quiso,
y estampó en su rostro hermoso
aquel inefable hechizo,
inalterable reposo,
y sonrisa angelical,
que daste tan las facciones
de una virgen en su lecho;
cuando las tristes pasiones
no han ajado de su pecho
la pura flor virginal.
Entonces el que la viera,
dormida, ¡oh Dios! la creyera;
deleitándose en el sueño
con memorias de su dueño,
llenas de felicidad:
soñando en la alba lucida
del banquete de la vida
que sonríe a su amor puro;

más ¡ay! que en el seno oscuro
duerme de la eternidad.

Epílogo

Douce lumière, es-tu leur âme?

Lamartine

[¿Eres, placida luz, el alma de ellos?]

¡Oh María! Tu heroísmo,
tu varonil fortaleza,
tu juventud y belleza
merecieran fin mejor.

Ciegos de amor, el abismo
fatal tus ojos no vieron,
y sin vacilar se hundieron
en él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía
salvar quisiste a tu amante,
y lo viste delirante
en el desierto morir.

¡Cuál tu congoja ser! a!

¡Cuál tu dolor y amargura!

Y no hubo humana criatura
que te ayudase a sentir.

Se malogró tu esperanza;

y cuando sola te viste

también misera caíste,

como árbol cuya raíz

en la tierra ya no afianza

su pompa y florido ornato:

nada supo el mundo ingrato

de tu constancia infeliz.

Naciste humilde y oculta

como diamante en la mina,

la belleza peregrina

de tu noble alma quedó.

El desierto la sepulta,

tumba sublime y grandiosa,

do el héroe también reposa

que la gozó y admiró.

El destino de tu vida

fue amar, amor tu delirio,

amor causó tu martirio,

te dio sobrehumano ser;

y amor, en edad florida,

sofocó la pasión tierna,

que omnipotencia te eterna,

trajo consigo el nacer.

Pero, no triunfa el olvido,

de amor, ¡oh bella María!

que la virgen poesía

corona te forma ya

de ciprés entretejido

con flores que nunca mueren;

y que admiren y veneren

tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,

inhospitable morada,

que no siempre sosegada

mira el astro de la luz,

descollando en una altura,

entre agreste flor y hierba,

hoy el caminante observa

una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre

la copa extensa y tupida

Círculo Criollo El Rodeo

de un ombú [14], donde se anida
la altiva águila real;
y la varia muchedumbre
de aves que cria e desierto,
se pone en ella a cubierto
del frío y sol estival.
Nadie sabe cúa mano
pantó aquel árbol benigno,
ni quién a su sombra, el signo
puso de la redención.
Cuando el cautivo cristiano
se acerca a aquellos lugares,
recordando sus hogares,
se postra a hacer oración.
Fama es que la tribu errante,
si hasta allí llega embeocida
en la caza apetecida
de la gama y avestruz,
al ver del ombú gigante
la verdosa cabellera,
suelta al potro la carrera
gritando: -allí está la cruz.
Y revuelve atrás la vista
como quien huye aterrado,
creyendo se alza el airado,
terrible espectro de Brián.
Páido, el indio exorcista
el fatídico árbol nombra;
ni a hollar se atreven su sombra
los que de camino van.
También el vulgo asombrado
cuenta que en la noche obscura
suelen en aquella altura
dos luces aparecer,
que salen, y habiendo errado
por el desierto tranquilo,
juntas a su triste asilo
vuelven al amarecer.
Quizá mudos habitantes
serán del páramo aerio,
quizá espíritus, ¡misterio!,
visiones del alma son.
Quizá los sueños brillantes
de la inquieta fantasía,
forman coro en la armonía
de la invisible creación.

Notas del Autor

* Se ha creído necesaria la explicación de algunas voces provinciales, por si llega este libro a manos de algún extranjero poco familiarizado con nuestras cosas. Se omite la de otras, cuya inteligencia es obvia, que el autor ha usado intencionalmente para colorir con más propiedad sus cuadros. como *caballo parejero* por "caballo de carrera"; *beberaje*, por "borrachera"; *bañado*, por "campo anegado"; *parar la oreja* el caballo por "moverla erguida" en señal de sobresalto, etc., etc.

1. To dería: el conjunto de chozas o el aduar del salvaje.

2. Yajá: el P. Guevara hablando de esta ave en su historia del Paraguay, dice: "Al Yajá justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que lo rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado y fuerte con que pelea. En su canto repite estas voces: Yajá, Yajá. que significa, en guaraní, "vamos, vamos" de donde se le impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan a repetir Yajá, Yajá, como si dijeran: vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas". Los que saben esta propiedad del yajá luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos... En la provincia se llama chajá o yajá indistintamente.

3. Ranchos: cabañas pajizas de nuestros campos.

4. Fachinales: llámase así en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la

maleza.

5. Maloca: lo mismo que incursión o correría.

6. Sabática fiesta: junta nocturna de los espíritus malignos. según tradición comunicada a los pueblos cristianos por los judíos.

7. Huinca: voz con que designan los indios al cristiano u hombre que no es de su raza.

8. Carancho: ave de rapiña.

9. Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en el Falkner. Valichu: comunmente se dice Gcalichu.

10. Bo as: arma arrojadiza. que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal o piedra.

11. Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

12. Pa onal: paraje anegado en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos a la distancia aparecen en la planicie como bosque son los oasis de la pampa.

13. Antar: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su viaje a Oriente: de ellos se ha tomado el tema que encabeza este canto.

14. Ombú: árbol corpulento. de espeso y vivo follaje, que descuella solitario en nuestra llanura como la palmera en los arenales de Arabia. Ni efia para el hogar, ni fruto brinda al hombre; pero sí fresca y regalada sombra en los ardores del estío.